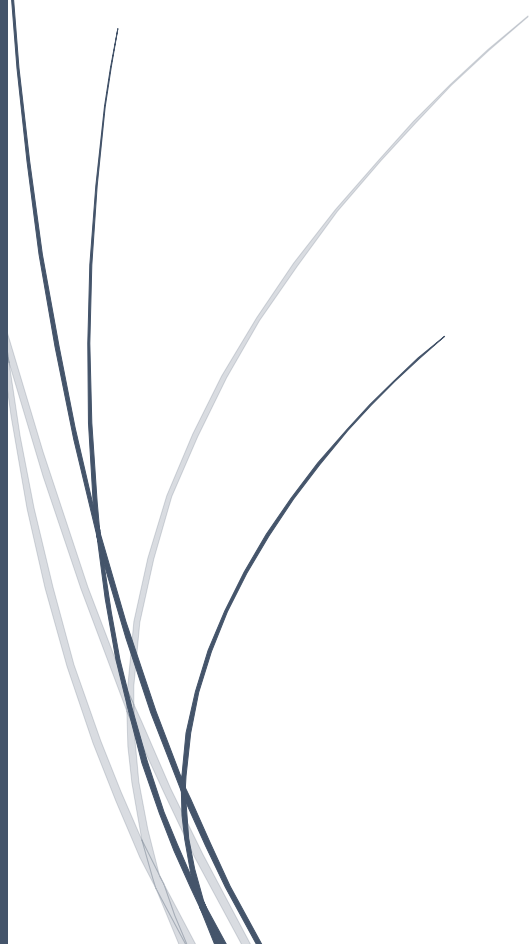


PARTICIPANTE: RELATO
FLAMENCO 4

TÍTULO: Encuentro con Tomás

SEUDÓNIMO: Fernanda Navas

CATEGORÍA: Relatos flamencos



Me senté frente al escenario. Me sentía fascinada por la originalidad del local: mesas de mármol con pie de hierro negro a juego con las sillas, paredes empapeladas estampadas con tonos ocre y rojo escarlata daban al amplio salón un toque distinguido, señorial. Los pilares se dejaban ver, finos pero fuertes, también de hierro pintados de color negro.

En realidad, el salón giraba en torno al escenario que, impetuoso, se erigía apenas un metro sobre el suelo, asegurando que el espectáculo fuese contemplado desde cualquier punto. De los extremos del mismo nacían sendas columnas revestidas de madera de color castaño claro con primorosas tallas de motivos arabescos que acababan formando un gran arco. La pared del fondo estaba empapelada con grabados rojo escarlata sobre fondo beige.

Nada más llegar a la derecha estaba la barra, cubierta de mármol blanco celestial con filos de madera de color castaño claro. Del techo colgaban varias lámparas doradas con dos tulipas medianas y otras se repartían, idénticas, en las paredes aunque sin duda la más majestuosa de todas se encontraba en el centro del salón: una luminaria de techo recubierta de mil cristalitos tallados de forma rectangular, unidos entre sí por hilos dorados. Era un lugar de porte, elegante.

El olor que se respiraba era una mezcla de maderas recién talladas, barnices, café y vino mezclado con humo de los puros habanos que fumaban los hombres, todo difuminado con pesados perfumes.

Contemplaba, sorprendida, la estampa tan diferente que se ofrecía ante mis ojos. Nunca me había visto en un lugar de aquellas características y tan sólo se me ocurría que podría deberse a la celebración de una fiesta de disfraces o quizás realizarían una grabación ambientada a mediados del siglo veinte.

Me sonreí. Sin duda, había elegido el mejor lugar para tomar un café. Hacía tan sólo unas horas había estado paseando por la capital hispalense y al final de la tarde había encaminado mis pasos, por casualidad, a la Alameda de Hércules. Me adentré por el umbral del Café La Europa.

Un camarero se acercó hasta mi mesa y, en una taza blanca con el filo dorado sobre banda estrecha de color azul océano, me sirvió el café.

- Muchas gracias- le dije mientras le dedicaba una sonrisa.
- No hay de qué, señorita. *Pa lo que usté guste*- me dijo, con gesto reverencial y se alejó hacia la barra.- Se va a tomar usté el mejor café que hay en *toa* Sevilla.- dijo volviendo la cara para atrás.

Daba el primer sorbo al humeante café cuando la llegada de un hombre llamó poderosamente mi atención. Iba elegantemente vestido, con sombrero negro alto de ala ancha, chaqueta y corbata negras sobre camisa blanca. Mediano de talla. Su cara morena aceitunada dejaba avistar unas cejas pobladas sobre unos grandes y negros ojos, frente despejada y pelo negro recio. A pesar de que el resto de hombres que había allí iban vestidos de la misma guisa, había algo en él que lo diferenciaba de los demás, siendo su porte distinguido.

Al segundo sorbo que le di al café se apostó en una esquina de la barra y fue entonces cuando comencé a preguntarme de qué lo conocía. No tardó en acercarse hasta él un camarero para preguntarle si quería tomar lo de siempre, a lo que él asintió.

Pensé en la de veces que podemos confundir personas, e incluso en la teoría que afirma que todos tenemos un doble. No sabía si era un presentimiento, pero mi corazón se aceleraba cuando lo miraba pues, sin saber por qué, había algo que me atraía

irremediablemente a él. Lo cierto es que me estaba tomando el café intranquila. En realidad, nada dejaba de extrañarme. Para empezar no sabía cómo había llegado hasta aquel bar aquella tarde de viernes. Había ido a pasar un fin de semana a Sevilla aprovechando que un amigo inauguraba una exposición de pintura. Al terminar, comencé a pasear y llegué casualmente hasta allí. Mientras tanto, alguien se acercó y lo saludó:

- Hombre, Tomás, encantado de verlo, maestro- dijo un señor que tenía pinta de torero.

Tomás... Tomás. Se llamaba Tomás y su figura me era conocida. Rondaba los cuarenta años.

La gente empezó a tomar asiento. Los camareros iban y venían sin parar de llevar copas y tentempiés a las mesas. Poco a poco se había ido llenando y ahora estaban ocupadas todas las localidades hasta el punto en que no cabía ni un alfiler. La gente se dispuso de manera frente al escenario y era inminente una actuación. Se apagaron algunas luces y un hombre salió a presentar:

- Señoras y señores, damas y caballeros, no siempre un café de esta talla tiene el honor de presentar una artista con tanta enjundia y señorío que ya sabemos que será recordada por las generaciones que están por venir. Hace unos días llegó de Berlín, donde la reclaman desde hace décadas. Ha estado bailando en teatros de Francia y hasta para los zares de Rusia lo hizo hace décadas. El Café de La Europa tiene el gusto de presentarles a la gran Juana La Macarrona. ¡Un fuerte aplauso!

Apareció sobre el escenario una mujer con un vestido largo rojo de volantes y un mantón de Manila bordado con alegres coloridos. El pelo lo tenía recogido en un moño sobre el que tenía un clavel rojo. Pendientes medianos de color coral. Ojos negros, tacones con remaches que imitaban los encajes, anudados con un fino cordón también de color coral a los que se adivinaba, habían dado mucho uso. Se había sentado sobre una silla de anea nada más salir a escena de frente al público. Sentí una felicidad instantánea ¿Cuándo había visto yo una cosa así? Con lo aficionada que era al flamenco nunca imaginé vivir un espectáculo de otra época. Quizás habían acondicionado el lugar y habían pedido a los visitantes que acudieran ataviados para celebrar algo especial... ¿qué sabía yo?

Todo era diferente: la cejilla era de madera artesana, el clavijero de la sonanta, la postura del guitarrista, el toque de guitarra era como más acelerado, igual que el cante y la escenografía era de ensueño... nada correspondía a lo que hasta el momento había vivido en fiestas flamencas.

Pero nada de eso me llamó tanto la atención como el baile de aquella mujer. Era fan incondicional de Manuela Carrasco, la diosa de la soleá, pero La Macarrona tenía un arte descomunal. Tan sólo cuando se levantó de la silla antes de empezar dejó boquiabiertos a todos. ¿Cómo se podía transmitir tanto sin moverse? Era inexplicable. Y cuando comenzó a bailar, me quedé impresionada, aturdida. No me extrañaba que se hubiera recorrido medio mundo. Lo que me preguntaba era cómo no conocía a aquella señora con lo mayor que era y cómo había adoptado el nombre artístico de la mítica Juana La Macarrona.

Terminó el baile y me pareció que se paró el tiempo. Retomé de nuevo la duda que se cernía sobre el hombre de la barra. Me giré sin reparos y vi que continuaba en el mismo lugar. Iba a salir de la duda en cuestión en un momento ¿para qué esperar más?

Me acerqué hasta él con tan mala suerte que, cuando le iba a hablar, alguien se me adelantó. Escuché entonces que había ido expresamente a ver a La Macarrona. Es ya mayor, escuché decir, y es una artista de tronío.

Cuando escuché aquellas palabras me dio un vuelco el corazón, se me heló la sangre, se me pusieron los vellos de punta, abrí los ojos de forma que parecía que mis ojos saldrían de sus órbitas. No podía creer lo que mi cabeza me estaba llevando a pensar porque era imposible... ¿Pudiera ser que estuviera en un sueño? ¿Pudiera ser que me hubiera colado por un agujero en el tiempo?

“Eso son las ganas tuyas”, me decía una y otra vez. Pero no dejaba de sorprenderme cuando miraba a aquel hombre. No podía apartar mis ojos de él porque era igual que mi ídolo.

- Buenas tardes, mi nombre es María- dije con toda la serenidad y seguridad que los nervios me dejaron mientras extendía mi mano.
- El mío Tomás, *pa* servirle a *usté*- dijo respondiendo con un apretón de manos.
- Soy de Málaga y he venido aquí a pasar unos días en Sevilla- dije intentando romper el hielo de alguna manera.- He venido a saludarlo porque me recuerda usted a alguien y no sé de qué puede ser. Tengo la extraña sensación de que nos conocemos.
- De Málaga... buena tierra. No se preocupe, a veces pasa que nos suena la cara de alguien y no sabemos de qué.

Había sido cortés, pero no me invitaba a seguir charlando.

- Entonces se llama Tomás y le gusta el flamenco por lo que veo. Además de la similitud física comparten el nombre. Me refiero a Tomás Pavón, un gran cantaor, aunque falleció en 1952.
- Pero mi alma, ¿qué dice usted? Si estamos en 1946. ¿Se encuentra bien?- preguntó mientras me miraba seriamente.
- ¿Cómo dice?- pregunté pasmada clavando mi mirada en él.
- Lo que oye, que estamos en 1946 no sé cómo saca usted esa historia tan extraña que me está dando mal bajo- dijo Tomás acompañando de una mueca sus palabras.
- Perdona, pero me está pasando algo extraño. El Tomás Pavón del que hablo es el hermano de la La Niña de Los Peines. Es mi cantaor favorito. Lo he admirado siempre- dije como pude.
- Señorita, *usté* tiene buen gusto y me alegro que haya buena afición. Seguramente me haya escuchado cantar o me habrá visto por la calle, aunque no suelo prodigarme mucho por los Cafés ni los teatros, pero la verdad es que soy el hermano de Pastora- remató para mi total desconcierto.

Si había pensado que estaba en otra época, ya lo tenía confirmado. También tenía confirmado que aquel hombre era realmente Tomás Pavón ¡Mi admirado Tomás! Pero ¿Cómo era posible aquello? ¿Qué había pasado?

- Tome un buchito de agua fresca. Le ayudará- dijo Tomás.

Entre tanto empezó el segundo acto del cuadro flamenco, cortando así la conversación con mi ídolo, que para entonces había puesto sus cinco sentidos en Juana la Macarrona mientras yo los ponía en él.

Un cuadro de artistas sentadas a coro comenzó a bailar alegres, resueltas y con mucho compás. Puso el broche de oro al fin de fiestas el poderío de Juana. La acompañaban al cante de una joven mujerzuela y a la guitarra un mozuelo al que llamaban Melchor. No eran frecuentes sus actuaciones y, por eso, La Europa estaba aquella noche hasta los topes. Ella fue la responsable de que Tomás pisara el local esa noche de viernes, no en vano, había sido la figura central en la etapa de oro de los Cafés Cantantes y los teatros de medio mundo se habían rendido al arte de la jerezana.

Después del espectáculo todo pasó muy rápido porque vi que un grupo de cinco personas se adentraban con Tomás detrás de la barra. Sin pensarlo, me metí yo también y me vi en un cuarto. Ya habían tomado asiento los señores y en el centro, en una mesa de madera, depositaron sus copas. Era la única mujer en la reunión y, aunque alguno reparó en mí, la mirada aprobatoria de Tomás los invitó a la calma. ¡Me estaba protegiendo, quería que me quedara!

El guitarrista comenzó a tocar por soleá. Era el maestro Melchor de Marchena, que bajó rápido del escenario para acompañarlo. Tan sólo se escuchaba su toque. Tomás se acomodó en el filo de la silla de anea, lo dejó tocar, respiró e hizo su salía: “Tre le re lere lere aaaaa ay ay ayy Tengo el gusto tan colmao...” soleá de la Serneta, siguió con una soleá que sólo la escuché a Rafael Romero “el Gallina” “Como los muertos no

hablan, ni oyen ni ven ni entienden...” de su paisano José Illanda, y luego remató por Manuel Torres. Apoteósico. Era él, el más pequeño de la casa de los Pavones, mi admiradísimo cantaor. Las siete almas que escuchábamos, afortunados e incrédulos, el eco de Tomás.

Tras la soleá se hizo un silencio, momento que aprovecharon para encender un cigarro los pocos que no fumaban y repusieron las copas. Yo me bebí del tirón un vaso de aguardiente ¡Me hervía la sangre! Se veía que Tomás estaba a gusto. Había veces que no cantaba ni con dineros de por medio, pero aquella noche cantó por derecho, como siempre lo hacía, y porque le salía del alma. Mientras Melchor apuraba una calada, el hermano de Pastora carraspeó su garganta. Los allí presentes hablaron de la soleá y empezaron a comentar los cantes antiguos que se estaban perdiendo, cómo a la gente le gustaba el Café y el jolgorio sin reparar en lo esencial, en lo puro, en lo *jondo*. Y lo mal visto que estaba el flamenco fuera de los teatros. Debatieron un ratito sobre el tema mientras llegó la otra copa.

Tiró Tomás el cigarro y, casi echando el humo por la boca, comenzó una salía que me sonaba. De buenas a primeras, me vi en el barrio de Triana, en sus corralones, en sus herrerías y en los inciertos recovecos de la razón de ser humana. Nos zarandéó con *quejíos* que venían de la ultratumba y empezó a cantar valiente:

En el Barrio de Triana

Ya no hay pluma ni tintero

Pa escribirle yo a mi mare

Que hace tres años que no la veo.

Nada más que en el primer tercio nos sacudió las entrañas. Subía y bajaba como le daba la gana, con voz potente, dulce y flamenca se metió en los senderos del corazón. Cuando parecía que iba a finalizar los tercios, los ligaba con maestría y belleza desde lo más profundo de su alma hasta dejarlos expirar en sus temblorosos labios. ¡La debla! Estaba cantando el martinete y la debla.

Al finalizar, todos apuramos los vasos de vino y nos echamos a llorar. De pronto, uno que se llamaba Fernando le dijo:

- Tomás, estos cantes no se pueden perder. ¿Tú no vas a ir el mes que viene con tu hermana a la discográfica? ¡Graba la debla! Que si no se va a *queá* en Triana *pa* unos cuantos.- le animó el tal Fernando que era del citado barrio.
- Habrá que grabarla. La gente tiene que saber las fatiguitas que se han pasao en la herrerías de Triana.
- No lo dejes- le apremió otro mientras apuraba la última calada de un cigarro.- Tomás, nadie como tú. Mira que tu hermana canta, pero tú...
¡Tú me *jieres*, me dueles, me matas!

Él sabía cosas que los demás ignorábamos. Sabía que su cante era grande, que su vida giraba en torno a él y que había nacido para cantar. Era el más pequeño de la Casa de Los Pavones, la saga de artistas que había llegado de El Arahál a Sevilla, los descendientes del Paíti. El más pequeño de edad de sus hermanos, pero gigante en el cante.

Siguió por granaínas “Con la virgen del Pilar”. Parecía que llevaba la virgen en un trono y no en hombros sino en su voz, meciéndola entre los tercios. Por fandangos se volvió loco y estuvo más de una hora sin parar.

Lo miraba estupefacta. No daba crédito a lo que me estaba pasando. Su cante me entró por los poros de la piel, por los ojos y por los oídos, se metió por dentro de mis venas, se instaló en mi corazón y me hizo saber que la existencia humana no puede dejar de ser precisamente eso: humana. Su cante era verdad y supe que cantaba lo que vivía. Era el momento más mágico de toda mi vida y nunca lo olvidaría.

Hablaban de Pastora cuando me acerqué a él y le di las gracias. Le expresé la devoción que sentía hacia él. Se sonrió. Le pedí, por favor, que grabara la debla. “Sería un buen regalo para la afición, que le estaría siempre agradecida de rescatar un cante tan *jondo* y tan antiguo”, le dije.

Nos mirábamos fijamente y asintió mientras dejaba caer sus párpados. Él sabía lo que estaba pasando mejor que yo, y había propiciado que viviera una noche de flamenco en un cuarto para que viviera la verdad del cante.

Un soplo de aire me refrescó la cara cuando salí a la calle. Los pasos de Tomás dejaron sentir sus pisadas sonoras conforme se alejaba por la Alameda de Hércules. Sabía que era un elegido por dios, por el universo o por Undebé para dejar su cante a la humanidad. Me quedé mirándolo hasta que se perdió su figura a lo lejos. Se marchaba el príncipe de la Alameda. Sentí una inmensa felicidad al saber que aquella noche perduraría en mi memoria igual que sus cantes y su eco resonarían en la historia del flamenco.